

D. Pedro Angulo



*EL COMANDANTE*

*ANGULO*



*EN ACCION*

POR ENRIQUE BUNSTER

---

—“Jamás debemos tratar de aplacar al enemigo intercambiando el honor por la seguridad”.

General Einsenhower

---

A medida que vaya adentrándose en esta crónica, se preguntará el lector por qué don Pedro Angulo ocupa sólo unas líneas en la historia naval de Chile y cómo es posible que ni una torpedera lleve su nombre... Nadie sabe dar razón, y persiste el hecho asombroso de que el más original de nuestros marinos de presa, ejecutor de una hazaña sin paralelo, sea un solemne desconocido. De haber hecho para Inglaterra lo que hizo para Chile, su hoja de servicios se enseñaría a los cadetes de la Royal Navy como ejemplo de habilidad y coraje en “misiones imposibles”

En los días en que el ojo de águila de Portales se fijó en él, don Pedro Angulo Novoa ocupaba el cargo de Capitán de Puerto de Valparaíso. Era un hombre de expresión tranquila pero enérgica, según lo muestra el retrato, de rostro agradable con patillas sanmartinescas, y por lo que alcanza a verse, debió poseer una ancha y fuerte contextura. Fue hijo de un naviero de Concepción, en cuyos barcos sirvió como piloto y capitán. Al organizarse la Escuadra Libertadora, Lord Cochrane le confió el mando del transporte “Hércules”. En la costa peruana fue capturado por un corsario realista que lo envió prisionero a las casamatas de El Callao.

La empresa que iba a encomendarle Portales determinó que el Ministro fuera tildado de loco por los ponderados consejeros del Presidente Prieto. Portales sostenía que el Protector Santa Cruz iba a invadir a Chile para anexarlo a la Confederación Perú-Boliviana; con el objeto de impedirlo había que adelantarse invadiendo el Perú, y como Chile carecía de fuerzas navales era menester apoderarse previamente de la escuadra confederada. Vale decir (exclamaban los consejeros) un proyecto sin pies ni cabeza y humanamente irrealizable... Pero como Su Señoría les daba a elegir entre de-

jarlo hacer o dimitir sus tres carteras ministeriales en el acto —y ausente Portales no había quien contuviera la anarquía— el Consejo de Estado se resignó a patrocinar la más temeraria aventura que hubiérase visto en la soñolienta América.

Para apreciarla en lo que vale recordemos que la población conjunta de Bolivia y Perú triplicaba a la de Chile, en tanto que el ejército confederado era cuatro veces mayor y la escuadra de El Callao sumaba quince buques contra dos de Valparaíso... Pero en uno de éstos, el bergantín “Aquiles”, cifraba el Ministro de Guerra, del Interior y de Relaciones su carta de triunfo; en el “Aquiles” y en el hombre que había reemplazado su pabellón español por la tricolor que los marinos llaman Panchita o porotera.

★

En las postrimerías de la guerra de la Independencia el Virrey del Perú había despachado para España los últimos barcos de línea que escaparon de la persecución de los patriotas. Uno de ellos era el “Clarington” y a su bordo iba Angulo con otros prisioneros que venían de soportar un encierro de años en la fortaleza del Real Felipe. La flotilla aportó en la isla Guam, archipiélago de Los Ladrones, para hacer aguada. La noche misma del arribo, Angulo intentó adueñarse del buque cárcel para huir en él. Descubierto en sus planes, le prendió fuego obligando a la tripulación a abandonarlo. A raíz del atentado lo trasladaron al “Aquiles”; pero cuatro días más tarde consiguió burlar la vigilancia para repetir la tentativa. Por un descuido inverosímil habían dejado el armero abierto. El conspirador tenía comprometidos a cinco de sus conterráneos, a dos peruanos, dos colombianos y dos españoles. Al filo de la medianoche se apoderaron por sorpresa de pistolas y machetes y en un dos por tres redujeron a la dotación, de capitán a paje, sin causarle otro daño que el susto y ligeras contusiones. Después de desembarcarla en los botes el “Aquiles” emprendió la fuga amparado por las sombras. Era un dospalos de trescientas cuarenta toneladas

armado de veinte cañones; "un hermoso bergantín", dice el doctor Page, que lo vio años más tarde, y lo confirma el dibujo de Gay, donde aparece al ancla en Juan Fernández. Su captor lo condujo hasta los 36º Norte y desde allí puso proa hacia la Alta California. El casco hacía agua y un ventarrón huracanado le despedazó parte del velamen. Con cuarenta y seis días de travesía arribaron a Santa Bárbara para reponer los víveres casi agotados; pero la actitud ambigua del Gobernador mexicano les indujo a alejarse a toda vela con rumbo al sur. Ahora padecieron hambre y sed, comiendo restos de carne rancia y bebiendo agua-lluvia recogida en lonas. En otros cuarenta y siete días, sufriendo los síntomas del escorbuto, llegaron a Valparaíso. El "Aquiles" entró a puerto luciendo un improvisado pabellón nacional y Pedro Angulo entregó la presa a las autoridades, "deseoso", escribió, "de dar al público un testimonio de mi adhesión a la gran causa de América".

Once años después el barquito seguía en servicio activo, exhibiendo la insignia de una fuerza que compartía con la destartada goleta "Colo-Colo". Utilizando estas dos cascarillas pretendía don Diego Portales recuperar para Chile el dominio militar del Pacífico Sur. Con sobrada razón hicieron mofa de sus planes, pero él pensaba con la clarividencia del genio y sabía que Santa Cruz no esperaba semejante zarpazo e iba a pillarlo absolutamente desprevenido. Las relaciones con Lima presagiaban un conflicto armado que los demás estadistas nacionales no eran capaces de prever ni de prevenir. El país estaba minado por el espionaje boliviano, la Confederación negábase a cancelar las deudas de la Independencia, hostilizaba al comercio chileno y alistaba a toda prisa el ejército más poderoso del continente. Con todo, el astuto enemigo esperaba cualquier jugada, menos la que le estaban preparando.

En julio de 1836 Portales ordenó al Comandante Angulo pertrechar goleta y bergantín y designó como jefe de la expedición al Coronel Victorino Garrido. Era éste un español retinto y de barba salvaje, que no sabía sino andar a empujones. Su misión, dicha en lenguaje sencillo, consistía en buscar camorra, y la

de su subordinado, en traerse todos los buques que fuera posible capturar.

Los que aún se resistían a creer en los propósitos imperialistas de Santa Cruz cambiaron de parecer cuando dos fragatas de guerra peruanas aparecieron en aguas chilenas. Traían a su bordo a don Ramón Freire y sus secuaces políticos, conduciendo armamento y caudales facilitados por el Gobierno limeño con el fin de fomentar en Chile un golpe revolucionario. Sólo entonces la opinión pública abrió los ojos.

En las cercanías de Valparaíso se amotinó la marinería de la "Monteagudo" para entregarla a las autoridades. Horas después se hacía de nuevo a la mar con tripulación nacional para dar caza a la "Orbegoso" y a Freire. La Marina de Portales tenía ahora tres barcos; una semana después tendría cuatro.

Junto con zarpar la "Monteagudo" para Chiloé, partieron Garrido y Angulo con destino al Perú. Fue todo tan rápido y sigiloso que nada llegó a conocimiento de los espías confederados.

A las 9 horas del 21 de agosto el "Aquiles" entró a El Callao y saludó la plaza con las salvas de rigor. Contestaron los fuertes, cuyo Comandante era el General chileno Oscar Herrera. Mirando con el catalejos Angulo observó cuatro buques de guerra amarrados al abrigo de las baterías. Era la corbeta "Santa Cruz", el bergantín "Arequipense" y las goletas "Peruviana" y "Congreso". Inmediatamente Garrido desembarcó para entrevistarse con Herrera en visita protocolar. Supo que don Andrés de Santa Cruz preparaba para el día siguiente una parada militar a la que seguiría una recepción de gala en palacio. Averiguó también que la escuadrilla estaba a medio tripular y la goleta "Congreso" hallábase en reparaciones. Terminó la visita sin que Herrera lograra entender a qué había ido Garrido al Perú. El uniforme chileno del Coronel llamó la atención de los transeúntes y uno o dos le susurraron al pasar: "¿Cuándo vienen a librarnos de los bolivianos?".

A las doce en punto de la noche Angulo echó al agua cinco botes, distribuyendo en sus bancadas y bordas ochenta individuos armados de machetes de abordaje y garrotes. No llevaban armas

de fuego para evitar la alarma de los centinelas nocturnos de la fortaleza. De otra parte, las instrucciones escritas de Portales recomendaban: "Respetar las vidas y propiedades de las dotaciones peruanas".

Bogaron sin prisa, buscando en la oscuridad el sobresaliente edificio del Arsenal. Protegida por sus baterías estaba la "Santa Cruz", el buque insignia armado de doce cañones y tripulado por cuarenta y tantos hombres. Conduciendo a los suyos en persona, el Comandante Angulo se trepó a pulso por una de las cadenas de fondeo, y una vez invadida la cubierta mandó atrancar las puertas del entrepuente y camarotes. Simultáneamente sus marineros viraban las anclas, y mitad a vela y mitad remolcada por los botes la corbeta se deslizó hacia afuera de la bahía. Arrancada a su sueño por los golpes de martillo en las puertas, la dotación no tuvo más que resignarse ante el hecho consumado y quedóse quieta en sus encierros.

A la una de la madrugada los cinco botes abordaron el "Arequipeño", de nueve cañones y treinta y cuatro hombres, que dormían a pierna suelta. Cuando éstos despertaron, el bergantín ya iba navegando para reunirse con el "Águiles" y la "Santa Cruz", y tampoco hubo esta vez amago de resistencia.

Capturar y sacar la "Peruviana" fue tarea más fácil todavía, pues no había alma viviente a bordo. Y en cuanto al desmantelado "Congreso", todo se redujo a abrirle las válvulas para echarlo a pique.

Muertos, ninguno. Heridos, ninguno. Sin dispararse un tiro había cambiado el cuadro estratégico del Pacífico Sur, a las 3 de la mañana del 22 de agosto de 1836. Ahora Portales tenía siete piezas en el tablero y Santa Cruz nueve. Ya no estaba expedita la vía de Chile por el mar, y en cambio quedaba posibilitada la invasión libertadora del Perú por los chilenos.

Al salir el sol apareció el apostadero naval vacío. La "Peruviana", el "Arequipeño" y la "Santa Cruz" permanecían agrupados alrededor del "Águiles" y fuera del alcance de fuego de los fuertes. A través de los anteojos se divisaba el

humito de las cocinas a bordo preparando los desayunos.

A las 9 llegaba a Lima un jinete militar de El Callao que entró al palacio del Protector gritando: "¡Se robaron la Escuadra!". Santa Cruz y sus ministros, que allí estaban reunidos para dirigirse a la parada, fueron actores de una escena de gritos, puñetazos en las mesas y mutuas recriminaciones por una falta de que todos eran culpables: mantener la flota sin guardia nocturna en tiempo de crisis exterior y en presencia de una nave sospechosa. La Confederación acababa de sufrir su primera derrota y tendría que afrontar el ridículo el mismo día en que iba a ser proclamada con actos oficiales ante el Cuerpo Diplomático.

En su furor, el pequeño y teatral Santa Cruz sólo atinó a ordenar el arresto del señor Lavalle, encargado de negocios del país "agresor". Lloviendo sobre mojado llegó la nota humillante de Garrido en que ni siquiera se nombraba a la Confederación para no reconocer su existencia:

"La inexplicable conducta del Gobierno peruano ha obligado al mío a tomar por su propia defensa las medidas de que US tendrá noticias por otros conductos. La intención del Gobierno de Chile es retener los buques como una prenda de las disposiciones pacíficas de la República peruana, y con la mira, quizá, de devolverlos en el momento en que se le den suficientes garantías de paz...".

La intervención apaciguadora de O'Higgins, que llegó a palacio apoyado en su bastón de anciano, convenció al Protector de la conveniencia de soltar a Lavalle... Pero la sola intención de encarcelarlo había sido una osadía inaudita que Portales no iba a perdonar; como tampoco perdonaría a Garrido el traspies de firmar con Santa Cruz, a bordo de un buque neutral, el tratado de tregua y relaciones comerciales con que el boliviano ablandó al español. El tratado iría al canasto y el Coronel a su casa.

Diez días después la escuadrilla se alejó embanderada con sus nuevos colores y mandados los navíos capturados por sus flamantes capitanes: Domingo Salamanca ("Santa Cruz"), Pedro T. Martínez ("Arequipeño") y Rafael Soto Aguilar ("Peruviana").

Cuando arribaron a Valparaíso para reunirse con la "Monteagudo" y la "Orbegoso" la gente aglomerada en la ribera y en los botes fletados atestiguó el toque final de humorismo de la triple conquista: ¡en la proa de cada barco venía atada una escoba, como señal de haberse barrido el mar!

Sin variar el distinguido que hacía entre Bolivia y Perú, Portales ordenó que las banderas peruanas fueran repuestas "hasta que el Gobierno disponga otra cosa".

Tal es el episodio que nuestros historiadores cuentan como al pasar. La captura naval más limpia y perfecta en cualquier época y país, no les dice mucho ni poco. Y peor todavía la incapacidad para valorar su trascendencia histórica. Basta una pizca de imaginación —esa que falta a los notarios de la historia— para darse cuenta de que Angulo es el hombre que hizo posible desbaratar el sueño imperialista de Santa Cruz. Concretamente, la guerra preventiva de Portales era irrealizable sin la escuadra que el oscuro oficial ayudó a completar sin gasto ni sangre. Su mérito es el de un estratega genial que en la primera escaramuza paraliza al enemigo y deja allanado el camino de la victoria. Si fuésemos a medirlo por los frutos de su obra no habría más remedio que revisar la historia nacional para colocarlo en la línea de honor de sus héroes decisivos.

Héroe anfibio, por añadidura, porque el desconocido Angulo fue el Ayudante

de campo de Blanco Encalada en el Barón, y en ese combate librado en tinieblas dióse el lujo de abatir de un pistoletazo a Arrisaga, el militar amotinado que en Quillota había intimidado rendición al Ministro Portales.

Querrán saber todos, ahora, cómo fue su desempeño en la guerra que Portales ganó después de muerto... Pero aquí viene el broche inconcebible de la carrera de Angulo: el ave de presa de El Callao, del Barón y de Guam, no interviene en la Expedición Restauradora del Perú.

¿Por qué? No se sabe. La hoja de servicios lo pasa por alto y sus cartas y papeles personales se perdieron.

Sólo consta que entregó el mando del "Aguiles" a Roberto Simpson para volver a sentarse en la oficina de la Capitanía de Puerto.

Su última contribución, a través de su matrimonio con doña Carmen Lecumberry, consistió en fundar una estirpe de cuatro generaciones consecutivas de oficiales y jefes de la Armada.

Cuando falleció en Concepción, en 1859, conservaba el grado de Capitán de Fragata obtenido en 1830. No le habían dado siquiera la recompensa de un ascenso.

(Reproducido de "El Mercurio" de Santiago).

